

PRÓCRIS.

El dardo lo llevó mi esposo.

ANAXARTE.

Aun sobran flechas, que en la aljaba incluyo.

PRÓCRIS.

La noche baja. El dios más poderoso
Tuyo sea.

ANAXARTE.

Y Céfalo sea tuyo.

EGLOGA TERCERA.

ANAXARTE, PRÓCRIS.

ANAXARTE.

La santa paz y la amistad sencilla
Huyó á las soledades;
Yo, para conseguilla,
Solicitó, buscando sus verdades,
Las selvas, que fatigo;
Mas si viene conmigo
El sagrado rencor de las deidades,
Discurrir será en vano
La selva, el monte, la ribera, el llano,

PRÓCRIS.

La selva, el monte, la ribera, el llano,
De mis celos seguida,
No perdoné, y la mano
Aun no sé de la flecha, y sé la herida.
Ni hallo, aunque no la ofenda,
Deidad que me defienda;
Y aun de tristes agüeros afligida,
Rien, cuando yo peno,
Amor, Vénus, Diana y el Sileno,

ANAXARTE.

Amor, Vénus, Diana y el Sileno,
O son falsas deidades,
O á injustas las condeno.
Si el engaño (¡sagradas son verdades!)
Proprio es del sér humano,
No de lo soberano.
Dios no elijas que es dios con falsedades;
Si no es que en él adores
Las envidias, las iras, los rencores.

PRÓCRIS.

Las envidias, las iras, los rencores
Si sufro de Diana,
Debió de sus rigores
Defenderme Ericina soberana;
Pero ajó el sacrificio,
Negando el beneficio;
Y si no pudo, adoracion fué vana,
Ocioso todo el culto,
La religion, el voto, el ara, el bulto.

ANAXARTE.

La religion, el voto, el ara, el bulto
Yo á Diana ofrecia;
Mi defensa, mi indulto
Contra el Amor en su deidad creia;
Mas, ó desechó el ruego,
Ó cedió á Vénus luégo;
La que ya contra mí con boca impía
A vengar sus injurias
La Némesis, las parcas y las furias.

PRÓCRIS.

La Némesis, las parcas y las furias,
Todo lo son mis celos,
Céfalo, si me injurias,
Así á la diosa vengarás de Délos,
Sin que Vénus lo vede,
Que ó no premia, ó no puede.
Estas no son deidades, ó en los cielos
Hay Dios que las exceda,
Que gobierne, castigue, premie y pueda.

ANAXARTE.

Que gobierne, castigue, premie y pueda,
Sólo á Júpiter nombres;
A éste el dominio queda
Universal sobre deidades y hombres.
Si de otro es excedido,
Aun Jove es dios mentido.
De estas verdades, Prócris, no te asombres.
No es Diana deidad que no oye el ruego;
No Vénus vengativa, no Amor ciego.

PRÓCRIS.

¡Cómo contra Diana eres osada;
Diana, aquella diosa en el fastigio
De tus adoraciones colocada?

ANAXARTE.

Ya cedió á Vénus en fatal litigio
Inferior su poder; y así, oye ahora
De mis tristes agüeros un prodigio.
Ayer salí cuando la blanca aurora
Su negro hijo con liciente llanto
Lustra, y las flores rien lo que llora.
Por la verde ribera me adelanto,
Adonde la raposa vil no aleja
La peste que vió un tiempo el Erimanto.

Tendida la nariz, la que le deja
Noticia, el viento recogió el moloso,
Y libre, parte á la fatal vulpeja.
Cierzo fué el can del llano polvoroso;
Y yo, por ver la singular disputa,
De un collado consigo lo imperioso.

Miro desde él que la vulpeja astuta,
Porque el *Lelapa* el impetu perdiera,
Su huída con mil vueltas ejecuta.

Huye al monte; él la sigue, y ya la asiera,
Si ella con giro incierto al prado verde
Segunda vez no hiciese su carrera.

Ya la erizada cola el can le muerde
Tres veces, pero veces tres lo engaña,
Y tres veces la alcanza, y tres la pierde.

Ladra el can generoso, pues su saña
Mal sufre que en las fuerzas no le iguale,
Y burle la astutísima almaña.

Así el valor, que á la contienda sale,
Juntar lo heroico con lo astuto debe,
Pues donde no el valor, la astucia vale.

Cansada yo de la vulpeja aleva,
Doy una flecha al nervio retorcido,
Y el nervio al aire, que veloz la leve;
Cuya acerada punta (conseguido
En la vil fiera el golpe) rechazada
Fué, como de algun mármol, con sonido.

Restituyome al llano, apresurada,
Cerca registro lo que lejos via,
Y hallo lo que admiré, y miré asustada.

No se movía el can, no se movía
La fiera, que algun dios (y mi contrario)
Para jaspé á uno y otro endurecia.

Al *Lelapa* el manchado color vario
El suyo falta á la vulpeja, siendo
Figuras ambos ya de mármol pário.

Los que el cincel de Fídias estupendo
Fatigó, anula el dios que éstos construye,
Lo muerto en lo insensible desmintiendo;
Que aunque lo vivo en ambos se destruye,
De los dos jaspes frios, por el llano,
Creyeras que uno ladra, el otro huye.

Ya con tanto prodigio y tanto arcano,
De agüeros mil fecundo, noto ahora
Que aquel mi primer sueño no fué vano.

Y pues Cintia mis hados no mejora,
Temo que en mí, algun tiempo jaspé duro,
Su enojo escriba Vénus vengadora.

De los dioses la fe por esto abjuro;
Que en vano el culto solamente obligo
A este dios, si de aquel no me aseguro.

PRÓCRIS.

Si yo, Anaxarte, mis pesares digo,
Estimarás los tuyos, pues los cielos
Quizá más rigurosos son conmigo.

Que el sol enciende ya las blancas horas.
Los canes á estos troncos sujetemos,
Y en tanto que esperamos que á las redes
Vengan las fieras que batido habemos,
A esta sombra apacible escuchar puedes
De Adónis la desgracia, y la fortuna
Del mejor de las selvas Ganimédes.

PRÓCRIS.

Empieza.

ANAXARTE.

Tú perdóname importuna.

De aquella áspera cumbre, que no en vano,
Coronándola tantos obeliscos,
Nombre al Olimpo le usurpó y altura,
Fugitivo serrano
(Si bien que cuando más huir procura,
Morador es eterno de sus riscos),
El licor trasparente
Con apacible estruendo

De entre frios peñascos su corriente
Espumoso desata;
Hasta que, dueño ya de sus raudales,
Por la ribera amena

Con prolivos rodeos se dilata,
Líquida sierpe de sonora plata,
Que por escamas lúbricas rizando

La fria espalda de una y otra ola,
La cabeza tal vez vuelve, buscando
Su trasparente cola;

Pero nunca encontrada,
Manso despues recoge sus cristales;
Y si bien huye con quietud serena,
Parece que descansa en el arena,

O que en cama de jaspes fabricada
Se duerme bajo la alta sombra oscura
De frondosa alameda.

Que de una y otra orilla se levanta,
A ver en sus cristales su verdura.

En ésta pues, miéntras que vario canta
El que esconde en sus hojas dulce coro
De aves, deliciosísima arboleda,

A un tronco recostado
Adónis, olvidaba dulcemente,

No su Vénus, y ménos su cuidado,
Si de la caza la fatiga ardiente,
Que templá frió el céfiro sonoro,
Cuando vió (ya el sosiego profanando)

Por el valle sombrío
Bajar, huyendo al río,
De sátiro lascivo ninfa bella,

Que, exhalacion de nieve,
Alas al viento debe,
Voces el viento á ella;

Pero el amante feo,
Más veloz, porque es más precipitado,
Si bien con torpes alas, el deseo,
Copiando de la ninfa la carrera,

La tiene en la ribera,
Y á pesar de sus quejas, tenazmente
De ella se abraza osado.

Cual suele estrechamente
Ligar con verdes lazos
La hiedra, escollo altivo ó fuerte muro;

Tal el sátiro impuro
La ninfa anuda con los torpes brazos;
Siendo él hiedra lasciva, y ella en breve
Escollo de cristal, muro de nieve.

De la ninfa á la queja,
Que el coro de los dioses conmovia,
El ocio Adónis y el descanso deja,
Y al sitio va de la fatal porfia,

Donde con la una mano
Asiendo un asta á la bicorne frente
Del sátiro liviano,

Con la otra el hierro le escondió licuente
En la boca, de amarga espuma llena,
Con el duro bocado

(Freno ya de su bárbaro apetito)
Cayó descoyuntado
El corvo fauno en la menuda arena;

Pero, piadosos ya con su delito

Cansada de inquirir mis propios celos
(Que hay quien busque tambien sus propios males),
A este soto bajé con mis desvelos.

Con distancias el sol pendia iguales,
Cuando, segun que fué comun aviso,
Te aguardé de esta fuente en los cristales.

Lisonjero entre tanto el sueño quiso
Rendirme dulcemente á la funesta
Sombra de este algun tiempo cipariso;

Mas no bien, engañada, la propuesta
Quietud le admito, cuando con ignoto
Agüero triste la quietud molesta.

De igual firmeza y hermosura noto
En la que me pintó florida esfera,
Dos árboles, honor del verde soto.

Exenta se juzgó su primavera
(Tanto la propia estimacion engaña)
De airado viento de segur grosera.

Si no de ésta, de aquel despues la saña
Repentina asombró, como furiosa,
Tras sí precipitando la montaña.

Su ronco silbo de la selva umbrosa
El silencio y las hojas sacudia,
Y ella, ultrajada, resonó quejosa.

Pero el fatal estrago padecia,
De los árboles dos, el uno solo;
Que el otro, inmóvil, al viento resistia.

Al uno pues (que honrar pudiera Apolo)
Ya vacilante de su firme asiento,
Arrancó entero el furibundo Bolo;

Y envuelto en torbellino más violento,
No se vió más, pues lo llevó sin duda
A extraños montes el extraño viento.

A su violencia sucedió sañuda
El aura, que suave se mecía
Entre los brazos de la selva ruda;

La cual entónces ya se componia
De su pasado ultraje con el blando
Susurro, que las hojas le pulia.

Sobre los verdes troncos derramando
Favores iba el aura lisonjera,
Contra uno solo ruinas preparando;

Pues el que de los dos ya única era
Delicia de aquel bosque, con quien vana
Fué ya del viento la invasion primera,

Al impulso del aura más liviana
Desgajado cayó, cual si cayese
Al duro golpe de segur villana.

Solicitó del sueño me advirtiese
El fin de los dos troncos misteriosos,
Por si algo de mis hados envolviere.

Dudaba cómo el siempre delicioso
Del aura leve impulso conseguia
Lo que el viento no pudo más furioso;

Cómo con los dos árboles, que hacia
Una la especie y la hermosura hermanos,
Fué ominosa del viento la porfia.

Misteriosos recelaba soberanos,
Hasta que el sueño, porque mal advierta,
Y dudosa me atijan sus arcanos,

Con mil fatigas, de mí mal incierta,
Confusa me dejó, y se fué volando
Con prestas alas por la cúbica puerta.

Segunda vez mis hados consultando
Al sátiro adivino con són triste,
Mis sueños, así hablaba, interpretando:

«Tú y Oritia, tu hermana, los que viste
Árboles sois: aquel con quien la airada
Fuerza del viento bramador embiste,

»Oritia es, por el *Bóreas* robada;
El otro, á quien del aura los consuelos
Ofenden, tú eres, Prócris desdichada;

»Pues tu esposo... tu engaño... Mas los cielos
Solo esto de tus hados me relatan:
Morirás si del aire tienes celos.»

Luégo si tanto mal mis hados tratan,
Más que tú infeliz soy, cuando no ignoras
Que ya los celos aun del aire matan.

ANAXARTE.

Desdichas lloro, si desdichas lloras.
Pero un rato á los males nos neguemos;

Los justos dioses de la sacra altura,
 Crecer le hacen en informe roca,
 Que la inferior mitad de su figura
 Esconde, la otra en piedra conservando,
 Aun rudas señas de su audacia dando.
 Mas la corriente larga
 De negra sangre, que la fría boca
 Entre gemidos despedía roncós,
 Fuente caer se deja cristalina,
 Que ya con lazos de espumosa plata
 El verde pié guarnece de los troncos;
 Y despues que ya el fauno, risco ahora,
 Por la diforme boca, que aún conserva,
 La escope allí sobre menuda yerba,
 Ella hasta el claro río se dilata,
 Transparente, sonora,
 Pero que la huye amarga
 La más ardiente sed, que la examina;
 Así, aunque lloren los pasados daños,
 Amargos son los claros desengaños.
 Vuelto á la ninfa el cazador valiente,
 Y no á cobrar el agradecimiento,
 A pagar, sí, obsequioso rendimiento,
 Volvió ella más rendida.
 Era ésta la ninfa de la fuente,
 De la apacible gruta moradora,
 Que al bello jóven, despreciada, adora;
 Cuya costosa vida
 Defendió ya del animal cerdoso,
 Que murió de su dardo á los rigores;
 Y ella á los ojos del garzon de amores,
 Convidados del sitio delicioso,
 Adónis, más que amante, cortesano,
 La ninfa prendé de la blanca mano
 (Nunca ella el dulce lazo desharia),
 Y á la márgen sombría
 Del río perezoso
 Tomaron uno y otro verde asiento.
 El jóven ya con su impaciencia lucha,
 Mudo é inexcusable á las que aguarda
 Oír quejas de la náyade gallarda;
 La que, celosa, en tanto que él la escucha,
 Divertido su amor, su oído atento,
 Más que dél, estas voces fió del viento:
 «No debo agradecerte aún, no, celosa,
 ¡Oh más duro que mármol á mis quejas!
 La defensa gloriosa
 (Tuyo sea el blason) por tí acabada.
 También yo defendí tu ingrata vida,
 Y no es agradecida,
 Y aún la que tú me preguntas me es negada,
 Más que imaginas, dejas si me dejas,
 Oh tú, envidia de cuanto,
 Montaraz dios, la verde selva mora,
 El ménos rudo mis desdenes llora,
 Por más que, fuego líquido, su llanto
 Mi cristal frío encienda,
 Por más que de su culto, de su ofrenda,
 Aras sean inmortales
 Los rudos troncos hoy de mis umbrales.
 Y si es que no me aprecias
 Por ignorar lo que ninguno ignora,
 Oye, sabrás quién es la que desprecias,
 Quién es la que te adora.
 Pirene soy: mi origen fué divino;
 No te diré que hermosa,
 Sí que el certúleo dios del mar salado
 En lecho cristalino
 En otro tiempo me abrazaba esposa.
 De este áun furtivo tálamo, Cencreo
 Fué hijo, que, cual tú, ahora la fatiga
 Amaba de la selva, y su cuidado.
 También amó á Licaste, ninfa bella,
 Que, del inculto bosque moradora,
 Dió siempre grato oído á su querella;
 Mas Diana, enemiga
 De cuantos el dios niño citereo
 Esclavos marca, aunque sus hierros dora,
 Porque otro amor no vuelva
 A profanarle la sagrada selva,
 Señalar quiso un mísero escarmiento
 En el gallardo hijo de Neptuno;

Y así, mientras sediento
 Mi Cencreo infeliz el oportuno
 Buscaba alivio de una clara fuente,
 La vengativa diosa,
 Disimulando, siente
 Entre las ramas la batida fiera;
 Una flecha despide venenosa
 (Si ya el veneno su rencor no era).
 Cayó el mísero jóven, y arrojando
 Sobre el cristal que estaba contemplando
 El alma purpurante,
 Dejó de ser viviente y ser amante.
 Con llanto tan prolijo
 La muerte recibí del caro hijo,
 Que al verde umbral de mi profunda gruta,
 En lágrimas deshecha, no vió enjuta
 Mi dolorosa faz el claro día,
 No vió la noche fría,
 Oyeron mis gemidos
 Los altos dioses, y compadecidos
 De mi copioso llanto trasparente,
 Me derramaron fuente,
 Con cuyas claras lágrimas ahora
 Mi verde gruta su Cencreo llora.
 Y el padre de las luces y las musas,
 Porque á desdichas tantas
 Fortunas correspondan, si no iguales,
 Docta me hizo en cuantas
 Ciencias, ó ya adquiridas, ó ya infusas,
 Concedió á los mortales;
 Privilegio también de mis cristales,
 Pues el que á ellos el labio da oficioso,
 Docta erudición bebe;
 Siendo indicio no leve
 Del afan estudianto
 El pálido semblante
 Del que mis cultas aguas solicita;
 Por cuyo efecto, y no porque permita
 Ajarse mi hermosura, me conviene
 El nombre de la pálida Pirene;
 Pero entre todas, de la negra ciencia,
 Con la que pude al fauno petulante
 Castigar la insolencia,
 Si medio no buscara en sus arrojós,
 De que ahora escucharas mis enojós,
 Pues ocioso es mi ruego,
 Y de que la defensa que emprendiste,
 En tus blasones pueda numerarse,
 Y aumentarse mi fuego, si aumentarse
 Puede ya más el fuego
 Que el pecho abrasa triste.
 De la magia, pues, tanto la estudiosa
 Tarea logra los progresos míos,
 Que á mis conjuros vieras
 Retroceder los ríos
 A su fuente, admiradas las riberas.
 Cuantas veces yo quiero, prodigiosa,
 El sosiego alterar del mar profundo,
 Lo altero, y lo sosiego furibundo.
 El áspid á mi mágico sonido
 Se rompe entre las flores, palpitante,
 En vano defendiendo
 La vuelta cola el soñoliento oído,
 No de altas voces el confuso estruendo,
 Y el del auxiliar metal sonante
 A la paciente luna
 Reservó vez alguna
 De mi imperio violento,
 Que aún á pesar de la calmosa noche,
 Pude arrancarla de su blanco coche;
 Y si clamo furiosa,
 Con roncós silbos me responde el viento,
 Confúndese la selva payorosa,
 Tiemblan los montes, y la dura tierra
 Me arroja los cadáveres que encierra,
 En cuyos manes fríos
 Estudio y hago los prodigios míos.
 Pero con poder tanto,
 Oh Adónis generoso,
 Tu bellísimo encanto,
 Más que todos los míos poderoso,
 Me venció dulcemente;

Y como la deidad de Vénus bella,
 Que superior conozco, reverente,
 Te ganó á sus desvelos,
 Para ganarte yo á mis desvarios,
 Ruda me encuentran los encantos míos;
 Mas tan sagrados celos
 No excluyen mi querella
 Ni que yo llore mis amantes males;
 Que, aunque inferior, en lo inmortal iguales,
 Deidad soy yo también, si deidad ella.»
 Calló la ninfa, y cortesadamente
 Adónis le responde:
 «Tu amor escucho agradecidamente,
 Pues sólo es mío el agradecimiento,
 Que en cuanto de otra deuda no es exento,
 Lo que puede mi amor te corresponde.
 De Cítarea al amoroso trato
 Tú me condenarás si soy ingrato,
 Oh mi Pirene hermosa,
 Como si á tu afición no agradecido... —
 Oh, si yo te dijera
 (La ninfa luégo interrumpió, celosa)
 Que todas sus caricias han nacido
 De un odio que inmortal ha merecido,
 No tu fe verdadera,
 Si tu aborrecimiento,
 Quizás arrepentido,
 Más fácil en tí hallára acogimiento
 Mi amorosa fatiga.
 Tu Vénus es, oh jóven engañado,
 Tu inmortal enemiga;
 Alta disposición te lo ha ocultado,
 Y á pesar de los cielos,
 Pues sufro tus rigores,
 Has de sufrir sus odios de mis celos;
 Y si escucharme quieres,
 Pues supiste quién soy, sabrás quién eres.
 En la gran Chipre, donde asiento fijo
 A Vénus dieron ya sus moradores,
 Reinó Cíneas, hijo
 De aquel Pigmálion cuyo valiente
 Cinoel le dió igualmente
 Prodigiosa hermosura
 Y esposa merecida,
 Pues debió á su escultura
 Comunicarle Vénus dulce vida;
 Porque en Cíneas, de ambos procedido
 (Premio hasta entonces nunca pretendido
 De sus fatigas fieles),
 Descendencia consigan los cinceles.
 Hija de este fué Mirra, más hermosa
 Que la animada abuela,
 Pues si mano mortal tan prodigiosa
 La formó y tan perfecta,
 Divina mano á la divina nieta
 Comunicó su esmero,
 Quitó las luces del mayor lucero,
 Y las puso en sus ojos.
 Tan poderosos rayos mil despojos
 A Vénus le usurparon, que, envidiosa,
 Si ya no temerosa
 De que le diese Chipre sus altares,
 Consulta al blando hijuelo,
 Que no agita su vuelo
 Sino para traiciones y desdichas
 (Que éstas son siempre del amor las dichas).
 Promete, pues, de Mirra el exterminio,
 Que asegure el dominio
 A la envidiosa madre;
 Saca una flecha, y en los dulces rayos
 La templa de los dos luceros bellos,
 Que aún él pudiera consumirse en ellos;
 Y al corazón del descaído padre
 La arroja, que, abrasado
 En el lascivo incendio preparado,
 El veneno conoce
 Y el veneno apetece,
 Y como el bien no alcanza,
 Tanto el anhelo crece
 Cuanto se le minora la esperanza,
 Hasta que con violencia,
 Ociosa ya su bárbara ternura,

Esposo y padre fué de su hermosura;
 Pero despues que sabe
 Su infeliz descendencia,
 Pues su hija y su esposa
 Se iba sintiendo grave
 Con el peso del que hijo y nieto espera,
 Temiendo que su excusa descubriera
 La infamia vergonzosa,
 Con otro obscuro amante
 Licenciosa la llama;
 Fácil engaño, que llevó la fama.
 Con bárbaro le intima atrevimiento
 Su muerte, porque Vénus enemiga,
 Porque el Amor tirano
 Cantase el injusto vencimiento,
 Y con minaz semblante,
 En la trémula mano
 El atrevido acero,
 Sigue á la fugitiva, que ya en vano
 Evita el fin postrero;
 Porque una y otra delicada planta
 (Piedad fué de los dioses soberanos)
 Se le asen y retuercen en la tierra,
 Que profundas raíces las encierra.
 Los lisos brazos y las blancas manos,
 Cuando mal defensiva los levanta,
 A que en vano se esfuerzen
 Contra el bárbaro intento,
 En la elevación misma se retuercen,
 De intensas ramas intrincados lazos,
 Para que pueda con sus verdes brazos
 Tal vez lascivo regalarse el viento.
 Al viento, pues, le deja
 Crespas y ásperas hojas sus cabellos,
 Para que, dueño dellos,
 La antes dorada, verde ya madeja,
 O Céfito le peine enamorado,
 O le enmarane Bóreas enojado.
 Dura sienta corteza
 El blando cítis de sus miembros bellos,
 Que, ya ásperos y rudos,
 En un derecho tronco se conforman,
 Interrumpido de escabrosos nudos,
 Y en fin de Mirra la fatal belleza
 Se fué desapareciendo
 En el árbol frondoso
 Que su nombre y sus lágrimas hereda,
 El padre incestuoso,
 Porque sin que el castigo en él suceda,
 Verdugo sea él de su delito,
 Del ni bien brazo, ni bien rama, asiendo,
 Pues el que brazo asíó, lo suelta rama,
 Con espantoso grito
 El acero clavó en el rudo tronco,
 Que al golpe dentro se quejaba ronco.
 Por lágrimas amargas vierte gomas,
 Que fragantes aromas,
 Del delito disfrazan los horrores,
 Para que así, la fama desmentida,
 Esparza sus hipócritas olores,
 Si ya no es que las lágrimas que llora
 Le acrediten de aurora,
 Que de su nuevo sol trae la vida,
 Pues de la grande herida
 Un infante produce,
 Que aún á porfía de los ciclos luce,
 Huye el impropio abuelo,
 Y al nieto prodigioso
 Lo deja encomendado al duro snelo;
 Duro, pero quizá más que el piadoso;
 Desde cuyas fragantes esmeraldas
 Las náyades trasladan á sus faldas
 El exposito bello,
 Donde, cuando le abrigan cariñosas,
 De su piedad á excesos,
 El tierno llanto á sosegar se atreven,
 Y con mil dulces é inocentes besos
 Las lágrimas le beben.
 Con las que deja el tronco lastimoso
 (Antes su madre), amargas, si olorosas,
 Ungen el cuerpo hermoso;
 Y viendo que, lloroso,

Rehusa obsequio tanto,
 Los blancos pechos llena
 De dulce leche, le ofreció Rumena,
 Y con caricias le compuso el llanto.
 Este fuiste tú, Adónis, que á las bellas
 Ninfas debiste ya más de un cuidado;
 Fuiste dellas criado,
 Y regalado de ellas,
 Y de mí desde entonces deseado.
 Pero de la Acidalia (aun vengativos
 Contra tu infeliz madre sus enojos)
 En tí bebieron los incautos ojos
 Los cariños, que, entónces no lascivos,
 Ahora, á mi pesar, arden deseos.
 Si ya no son de vuestro amor trofeos.
 De las cenizas, pues, de sus fatales
 Odios naciste tú, y nació contigo
 Su amor, que es tu enemigo;
 Porque si de los dioses inmortales,
 Inmortales también fueron las iras,
 Sus ojos te dió Amor cuando no miras;
 Que son indignos de tu pecho ardores,
 Que la llama alentó de sus rencores. »
 Adónis respondiera,
 Si el coloquio prolijo no atajara
 Tropa de ninfas, cuyo empeño era
 Un ciervo que ya herido descendía,
 Huyendo á la ribera
 De la ya entrada muerte
 Que en la honda flecha al lado le seguía.
 Adónis, que, á no haberla, deseára
 La ocasion que ya advierte,
 A otra siesta la naya remitiendo,
 El arco previniendo,
 Deja la molesta compañía,
 Y veloz sigue el venatorio estruendo.
 Sin la vida inmortal quedó Pirene
 Al ver tanto desprecio
 Del que, ingrato, se aleja;
 Ni voces halla, ni sentido tiene
 Para la justa queja,
 Que á lo ménos culpase su amor necio;
 Si no es que en esta tormentosa calma
 Se atropelló á los ojos toda el alma.
 A los ojos, que vean
 Huir lo que aborrecen y desean
 (Contradiciones en amor posibles),
 Sigue pues, aun vestida en mármol frio,
 Con los que de la inmóvil planta hereda
 Su veloz vista pasos invisibles,
 Al que antes de tocar del bosque umbrío
 La próxima arboleda,
 Se halla en los brazos de su amante diosa,
 De cuya blanca mano
 La flecha habia salido
 Del animal herido,
 Tras quien (más de su Adónis cuidadosa)
 Bajaba entónces al florido llano,
 Donde, despues que de la rematada
 Fiera Adónis le ofrece los despojos,
 A pesar de la naya y de sus ojos,
 La diosa, enamorada,
 A la mano del jóven concedida
 La suya regalada,
 Se escondió en la espesura,
 Tálamo que ha de ser de su ventura,
 Sintió Pirene la invisible herida
 De la celosa flecha, y de la calma
 A que el hielo la ató, despertó el alma,
 Y el corazon vencido del despecho,
 Que, con la inmortal rabia entumecido,
 Aun más se irrita, en vano contenido
 En la esfera brevisima del pecho,
 Al que hubiera en cenizas desatado
 El incendio voraz de sus enojos,
 Si en lágrimas ardientes liquidado,
 No suspirára el fuego por los ojos,
 Y por la boca el humo articulado
 Con extremos feroces,
 En descompuestas voces,
 Con que llamaba á los piadosos cielos
 A la impia venganza de sus celos.

Sobre el escollo, así, á quien viste hiedra,
 Serpiente en gruesas roscas abreviada
 Se enciende en iras cuando, lastimada
 De la improvisa piedra
 Que accechadora mano ha despedido,
 Desenvuelve feroz con sordo ruido
 El volumen de rígidas escamas,
 Y el furor espumante
 Por la boca despide sibilante,
 Y por los ojos sangüinosas llamas,
 Hasta que la mitad del cuerpo enhiesta,
 Buscando á quien le agravia, cruel aprésta
 El veneno rabioso,
 Que, agitándose, atrae, por vertello,
 Al fance hinchado y al cerúleo cuello.
 Entre tanto los dos chipreos amantes
 Llegaron, uno de otro conducido,
 A un vallete florido,
 Que con alta ciñeron celosía
 Los olmos, que, gigantes
 Para defensa del sagrado coto,
 Eran verdes jayanes de aquel soto.
 A su Adónis la diosa desceñía
 Las armas montaraces,
 Para que á aquella guerra que mentía
 Treguas ponga el Amor con dulces paces.
 Sentados ya bajo la intonsa greña
 De mal cavada peña,
 Testigo mudo de parlara fuente,
 Vénus, en tanto que oficiosamente
 Las Acidalias tres le desprendían
 El pesado carcaj y flechas leves;
 Y con fragante néctar la rocían
 El que recogen ya rudo cabello,
 Que miéntras más inculto está más bello,
 Suave abriendo los carmines breves,
 Cuantas siguió en la selva enmarañada
 Fieras le expone, y cuantos tuvo errores,
 Cazadora al fin poco ejercitada;
 Diana, mas Diana enamorada;
 Pero el garzon de Vénus los favores,
 Tibiamente amoroso,
 Si no desestimaba,
 Limitaba quejoso;
 Porque el odio, hasta entónces ignorado,
 Contra la infeliz madre (tronco ahora)
 Aquel amor de Vénus le acusaba;
 Y aunque el jóven la adora,
 Porque á su queja fuese más deudora,
 Y él pareciese ménos obligado,
 Le hablaba en el semblante su cuidado;
 Mas la diosa, esforzando sus finezas,
 Aunque no le mentan sus recelos
 (Tanto temió á Pirene y á sus celos),
 Las cansas exploró de sus tristezas,
 Las que el jóven expuso, y las que en todo
 La diosa satisfizo de este modo:
 «El amor que á tu Vénus mereciste,
 Oh bello garzon mio,
 No ha desacreditado
 El odio, no el castigo; el justo hado
 Que de tu madre oiste,
 Debíose á su soberbio desvarío,
 Pues que naciendo humana,
 Mi deidad insultaba soberana,
 Y ella mortal, yo diosa,
 En su dictámen fui ménos hermosa.
 Pagó su atrevimiento,
 Y tú, inocente, no tan sólo exento
 Fuiste de mis rigores,
 Sino dulce ocasion de mis amores.
 Los de la tierra si, que odios prolijos,
 Trasfunden de los padres á los hijos,
 En el cielo aun aquel que se castiga,
 Si su culpa aborrece,
 De quien la ira temió, el amor merece;
 Que á la deidad, amiga ó enemiga
 La hacen del hombre vicios ó virtudes;
 Y para que no dudes
 Cuál castigan, cuál premian las deidades,
 Aprende de esta historia mis verdades:
 Hubo en Chipre, de rústicas encinas,

Obscurísimo un boj, que, venerado
 De antigua religion, por mudo asiento
 De la noche y del sueño perezoso,
 Aun lo ignoraba el viento;
 Que aun al viento intimaba el sitio umbroso
 Sacro terror, silencio religioso.
 Del dodóneo bosque en lo ignorado
 Aras fueron divinas
 A Jove hospitalicio levantadas,
 Pero que profanó el Cerasta indino,
 Que, hospedando al incauto peregrino,
 Con falso voto, victima inocente
 Lo hacia de su bárbara costumbre,
 Salpicando de púrpura caliente
 Las aras consagradas,
 Manchando á un tiempo con infame culto
 La religion, el sitio, el ara, el bulto.
 De mi Chipre (si entónces era mia)
 Quiso retroceder la hermosa lumbre
 (Como la huyó otro tiempo de Tiestes)
 El gran padre del día,
 Y aun la malvada tierra
 (Digna ya estancia de infernales pestes)
 Mi antiguo amor desamparar queria.
 Desisto, porque el todo, que temía
 Mis enojos severos,
 Logre inmune la parte que no yerra.
 Mas decreté, advertida,
 Este castigo á los Cerastas fieros:
 Cada cual de ellos de improviso tiente
 Entumecerse la rugosa frente,
 De la que, endurecida,
 Salió una y otra punta retorcida.
 La ya pesada testa
 Los ojos inclinaba al triste suelo,
 Indignos ántes del alegre cielo;
 Las manos bipartidas,
 Con los piés bipartidos confundidas,
 Iguales forman pasos perezosos,
 Y los miembros gravosos
 Del cuerpo, que á otra forma ya se extiende,
 Tostada piel se visten, que arrollada,
 Parte no poca por el cuello pende.
 En vano levantada
 La torva faz (en esto no mudada),
 El aire busca vago;
 O á aquel que mira le amenaza estrago,
 O al querer exclamar, enfurecido,
 Lo que fué humana voz, suena bramido;
 Y en fin, por la justicia soberana
 Que de mi Chipre restauró el decoro,
 Uno y otro Cerasta bramó toro;
 Si bien que si la antigua forma humana
 A distinta pasó naturaleza,
 No la antigua fiera,
 Para que si ántes tanta
 Humana sangre al ara sacrosanta
 Salpicó por su mano,
 Ahora en el que á Jove soberano
 Hecatombe se aclame,
 La suya largamente se derrame.
 De uno de estos Cerastas (si ya fieras)
 Fué hijo Pigmalion, y tu ascendiente,
 A quien digno creyeras
 De mi primer horror al padre impío,
 O que él, por desafecto, el culto mio
 Negase irreverente;
 Pero desecha el juicio, que te miente;
 Que él me amó, yo le amé, y aun yo le hice
 Tan del todo felice,
 Que su dicha mayor, por más trofeo,
 Fué posesion aun ántes que deseo.
 El hueso de la fiera
 Que para viva máquina de Marte
 Alimentó del Ganges la ribera,
 Materia fué, si dura,
 Fácil, á la que forma dió excelente
 Del gran Pigmalion el culto arte.
 Cedió naturaleza reverente,
 Y engañada, adoró en la estatua fria
 Mi imitada hermosura,
 O simulacro mio, que aunque mudo,

A no saber de mí, yo misma dudo
 Que mortal me dijera
 Si yo ó aquella estatua Vénus era.
 Entre tanto el artífice no humano
 Ya el amor de su obra concebía,
 No sé si porque suya ó porque mia.
 Ardian en olores mis altares,
 Y la devota mano
 Los cargaba de dones singulares
 En el tiempo que él su estatua ostenta,
 Y cuando ya á mis aras la dedica,
 La deidad que veneran multiplica.
 Yo, al sacrificio atenta,
 Despues de que tres veces crepitante
 Hice subir la llama luminosa,
 El alma le inspiré á la estatua fria,
 Porque, si en ella yo me repetía,
 No era bien que en su inánime belleza,
 Pensase algun humano
 Que morir pudo la Ericina diosa.
 Duda el feliz amante,
 Y ve, al curioso exámen de la mano,
 Que del marfil se ablanda la dureza
 En la parte que al tacto de la nieve
 Siente absorto latir la vena leve.
 Quedó inmóvil al súbito portentoso,
 Miéntras que ella cobró más movimiento,
 Porque juzgase en la dudosa calma
 Que se animó la Vénus con el alma
 Que á él faltó suspendida,
 Como en callada noche mujer bella,
 Dulcemente dormida,
 Prestar á su quietud suele la vida,
 Y en tanto que reposa,
 Estatua muda es de nieve y rosa;
 Mas si la deja el sueño,
 Que fué aquel tiempo de su vida dueño,
 El alma vuelve á su semblante, y ella,
 Que la luz encontró que no tenía,
 Sabe que vive, y agradece el día.
 Así despues que el simulacro hermoso
 Se erigió del unánime reposo,
 La luz aplaude, alegre se concita;
 Y como el nuevo sér que goza, duda,
 Para animarse luego ménos ruda,
 Con varios movimientos se ejercita.
 Pigmalion, no ya del bien dudoso,
 El primor de su mano ya viviente
 Quiere que premio sea,
 Cuando no de su amor, á Citerea,
 De aquel arte excelente.
 Concedí, y ella, con mi auspicio honroso,
 Al que autor conoció saludó esposo.
 De este singular tálamo Cinaras
 Nació, el que fué tu padre,
 Padre y esposo de tu hermosa madre,
 Que para ser ahora tronco rudo,
 Quiso escalar mis aras,
 Y que, á haber sido ménos indiscreta,
 Merecer todos mis favores pudo,
 Si no por ella, por gloriosa nieta
 De la que Prometeo mejor funda
 Eburnea deidad, Vénus segunda;
 Mas cuanto perdí amor por el respeto
 Que á mi deidad debía,
 Lo gané en tí, su más glorioso nieto.
 Porque veas, oh Adónis mio, ahora
 Que la que aborrecia
 Al Cerasta sangriento,
 Su descendencia en Pigmalion adora;
 Que la que á esta colmo de bienes ciento,
 A su Mirra abrumó con hartos males;
 Que la que á Mirra castigó severa,
 Por su Adónis dejó la sacra esfera;
 Así los dioses obran inmortales,
 Castigando y premiando
 Del modo que los va determinando
 La libre ejecución de los mortales;
 Así en Pigmalion, tu ilustre abuelo,
 Ningun estorbo fué para mi culto
 El debido quebranto, el desconsuelo
 Por el infeliz padre,

Cuya fortuna mereció su insulto;
Porque ha de malquistarme tus amores
La que apenas supiste infeliz madre,
Y más cuando te influyen los rencores
De una ninfa envidiosa.
¡Oh, el castigo le den sus mismos celos!
¡No eres, oh garzon bello, de tu diosa?
¡No soy la que antepuse, enamorada,
La triste tierra á los alegres cielos!
Como hoguera cubierta
De la fria ceniza apenas arde,
O se alienta cobarde;
Mas si la agita el viento,
Despide el blanco polvo, y ya despierta
Se erige á tanta llama, que podía,
Trasladada al brillante firmamento,
Lucir pedazo del nocturno dia;
Del fuego, así, de amor, que no extinguido
En el joven habia,
Aunque si sofocado,
De la ninfa el celoso atrevimiento
La diosa con el aire articulado,
Que agitó el corazon por el oido,
Docta en insinuar tiernos amores,
Levantó á mayor llama los ardores.
Adónis, pues, con nuevo rendimiento
A su adorada Vénus prometia
La que ya no tenia
Alma del mismo amor merecedora;
Cuando cortando el viento
El dios de amor con sus ruidosas alas,
Llegó veloz, y de la amante diosa
Alteró el sosegado pensamiento.
« Oh madre, dice, ahora
Dejo alterado el Ericino monte,
Que á su Vénus infiel repetir duda
Los cultos reverentes
Con que otro tiempo embarazó sus aras
De aromas mil ardientes.
Dicen los desamparados,
Y que sólo de Chipre cuidadosa,
Sus selvas tiempo tanto te detienen,
Que ocioso el ruego ya, la fibria muda,
En vano al templo con los votos vienen;
Tu enemiga Diana
De la infiel gente los aplausos gana.
Aquel, pues, que de Vénus fué divina,
Ya de Diana es templo.
Si aún aprecias el nombre de Ericina,
Aparte de la tierra el vil ejemplo,
Porque así, desleales,
No te desprecien los demas mortales.—
« ¡Ah ingratos ericinos
(Signió Vénus), perdisteis la memoria
De aquella antigua gloria
(Mas ya sois de ella indios),
Que os ganó Erice, del Amor hermano!
Mi enojo soberano
Hará... Pero será más oportuno
Con el suave iman de mis piedades
Atraer las erradas voluntades.
Mas no ha de conseguir rebelde alguno
Que yo tan presto de mi bien me ausente,
Insidioso rapaz, vuela, no pares;
Vuelve otra vez á la ericina gente,
Y en tanto que voy yo á que mi presencia
El disturbio componga irreverente,
Y ofreciéndome al voto en sus altares,
El amor les conquiste y la obediencia,
Tú, derramando arpones,
Destruye sus rebeldes corazones,
Y tú, mi garzon bello y gloria mia,
La edad que de la noche reste al dia,
Pues tu Vénus te tiene,
Sé de tu Vénus dueño,
Y deja que á Pirene
De azules sombras la circunde el sueño... »

PRÓCRIS.

Ya, oh Anaxarte, entre pálida vislumbre
Caduca el sol, ya apenas le veremos
En el azul cristal perder su lumbré,

Las redes y los canes retiremos;
Pues muere el sol, Adónis aún no muera;
No en un hora dos soles sepultemos.
De Vénus en el cielo aún luzca.

ANAXARTE.

Hiciera,
Siendo importuna más, tu atención vana.

PRÓCRIS.

Pues adios; que mi Céfalos me espera.

ANAXARTE.

Vé sin celos, y adios, hasta mañana.

EGLOGA CUARTA

IFIS, CÉFALO, ANAXARTE, PRÓCRIS.

IFIS.

Gimo y lloro de Amor la indigna saña,
Y la queja escuchó y el llanto mio,
La fiera, el ave, el viento, la montaña,
El mudo tronco y el sonoro rio;
Sólo, Anaxarte, en toda la campaña,
Huye mis voces tu desden impio;
Los riscos culpan tus rigores bellos,
¡Insensible tú más que todos ellos!

CÉFALO.

Canto de Amor ternísimas piedades,
Y aplando sus dulcísimos ardores;
Alegres me oyen estas soledades,
Y viven porque viven mis amores;
Resuenan dulces mis felicidades,
Los pájaros, las fuentes y las flores,
Que esperan vida, oh Prócris, de tus huellas,
¡Oh, más suave tú que todas ellas!

IFIS.

Braman el mar y el viento, que propicios
Tal vez se rinden del piloto al ruego;
El fuego ardió en sublimes edificios,
Pero supo ceder al agua el fuego;
Pierde la tierra sus eternos quicios,
Pero en ellos se vuelve á afirmar luégo;
Sólo dura un desden, y excede en guerra
Al aire, al fuego, al agua y á la tierra.

CÉFALO.

La fluida del agua pesadumbre
Va hácia el mar, que su cuna fué primera;
El fuego anhela la celeste lumbré,
Fija la tierra al centro persevera,
El viento ama la silbosa cumbre;
Y cuando no, de Prócris aprendiera
Amor, y la firmeza de su intento,
La tierra, el fuego, el agua y aún el viento.

IFIS.

Mas si Tántalo aún dura en su fatiga,
Aunque el cristal del labio se le quite,
Si aunque fijar el risco no consiga,
El grave peso Sisifo repite,
Yo tu desden, oh dulce mi enemiga,
Sigo hasta que el infierno me limite;
Pero si tu desden me aflige eterno,
Muerto de amores, aún me sobra infierno.

CÉFALO.

La hiedra hecha pedazos, aún constante,
Al duro escollo arrima los pedazos;
Dividida la vid del tronco amante,
Aun le convida con los verdes brazos.
Yo, que feliz ya fui, mis dichas cante,
Aunque no vuelva á repetir los lazos;
Que si Prócris anima mi memoria,
Vivo de amores, aún me sobra gloria.

IFIS.

¡Feliz Céfalos!

CÉFALO.

¡Isis desdichado!

Una manchada tigre. Vén conmigo;
Vencéremos afanes con afanes.

IFIS.

Por si á Anaxarte encuentro, ya te sigo.

ANAXARTE.

Aunque Vénus cruel y Amor sangriento
Con prodigios asusten mi memoria,
Ni Amor ha de cantar el vencimiento,
Ni blasonará Vénus la victoria;
Y aunque en mi labre al mundo un escarmiento
La de los tiempos lamentable historia,
Verá el mundo que pasa, aunque ahora empieza,
Más allá de la muerte mi dureza.

PRÓCRIS.

Aun cuando Vénus, no compadecida,
El rencor de Diana no me indulta;
Aun cuando de presagios impedida,
El hado hallar mis celos dificulta,
Yo he de buscar la causa fermentada
Do quiera que se esconda, y si se oculta
En la vaga region mi sentimiento,
He de buscar mis celos en el viento.

ANAXARTE.

¡Oh Prócris?

PRÓCRIS.

¡Oh Anaxarte?

ANAXARTE.

¡Apénas luce
El claro dia, cuando al monte sales?

PRÓCRIS.

Como á tí, mi destino me conduce.

Si nos desasosiegan tan fatales
Presagios, ¿cómo con el dulce sueño
Se han de avenir nuestros amargos males?
Tras de Céfalos vine, al duro empeño
De buscar mi desdicha.

ANAXARTE.

¿No ha advertido
Céfalos tus cuidados en tu ceño?

PRÓCRIS.

De su sospecha yo los he escondido;
Ternezas sí, no tímidos recelos,
De mí ahora más que nunca oye rendido.
Pues pudiera, sabidos mis desvelos,
Para culpar mis quejas cauteloso,
Frustrarme la evidencia de mis celos,
Del dardo de Diana prodigioso
Desde ayer le hice dueño, y cuantas fieras
Le postra me las rinde, obsequioso.

ANAXARTE.

Si él te obsequia tan fino, ¿cómo esperas
Evidenciar tus celos?

PRÓCRIS.

Como alguna
Espía que frecuenta estas riberas,
Llamarle ha oido por la selva á una
Ninfa á quién, repitiendo « Laura mia »,
Con amorosas voces la importuna.
Por lo tanto, le sigue mi porfía,
Y es que ántes á sus ojos que á su oido,
La causa de mis ansias se confía.
Para que de esta muerte convencido,
Mis quejas no desmienta.

ANAXARTE.

Así apresura
Su fiero golpe el hado fermentado,
Así de Adónis fué la suerte dura;
El quiso en la espesura hallar sus celos,
Y halló su fiera muerte en la espesura.
Pero así falsifique mis recelos
Diana, y á tu Céfalos te vuelva,
Y conmigo piadosos sean los cielos;
Que pues que vagan hoy por esta selva
Los dos de cuyo encuentro huir queremos,

IFIS.
Mi envidia califica tu fortuna.

CÉFALO.

No fuera yo sin ella afortunado;
Y tu infelicidad fuera ninguna,
Si no envidiáras; condicion forzosa
Del que habita debajo de la luna.

IFIS.

¿Has visto acaso á mi enemiga hermosa?

CÉFALO.

Con mi Prócris la dejo en la ribera.

IFIS.

El que á Anaxarte junta con tu esposa,
Juntar á Vénus con Diana espera.

CÉFALO.

Juntas, si en los dictámenes no unidas,
El monte escalan con veloz carrera.
Y la abrasada siesta, divertidas,
Templan, historias largas refiriendo,
Los amores contándose y las vidas.

IFIS.

Aquella por quien yo vivo muriendo,
Más que de amores, de desdenes sabe;
Dígame yo, que los estoy sintiendo.

CÉFALO.

Lastimado me ha tu pena grave;
Pero si el cazador porfía aún cuando
A las dos flechas yerra el bruto ó ave,
No dejes tú de porfiar amando;
Pide flechas á Amor, que aunque sea fiera,
Fieras se rinden á su tiro blando.

IFIS.

No puedo desistir aunque quisiera,
Pues cuando á más rigores me destina,
Amo yo más su condicion severa.
Seis veces por la selva cristalina
Siguió el sol todos los celestes brutos
Con las flechas de luz que les fulmina.

Y este tiempo mis ojos, nunca juntos,
Un peñasco regaron; ¿quién espera
Cultivar la tierra sus eternos quicios,
Pero en ellos se vuelve á afirmar luégo;
Sólo dura un desden, y excede en guerra
Al aire, al fuego, al agua y á la tierra.

De mis lebreles uno admitió un dia,
Y aunque el dón fué estimado, la fineza
Despreció su desden, porque era mia.
Tronco á tronco examina la maleza,
Y aún mudos, te dirán que á mi tormento
Fué, aunque dura, más blanda su corteza.

Viendo, pues, cuán en vano el sentimiento
Me tiene dia y noche á sus umbrales,
Siendo ella á mis gemidos roca al viento,
Al sátiro adivino de mis males
Cuenta doy, quien, terrible, me asegura
Oráculos, que no entendí, fatales.

Pero por más que se resista dura,
La he de seguir, amando sus desdenes,
Por llano, monte, valle y espesura.

CÉFALO.

Si tú contraria á la fortuna tienes,
Propicia yo; porque de amor iguales
En número á tus males son mis bienes.
Mas si es verdad que hay de efectos tales
Mortífera una planta que ingerida
Con nuevos jugos, pierde los fatales,
En mi pecho tu pena introducida,
Aun podrá ser que sea tu tristeza
Consolada, y así disminuida.
Y pues sé de tu dardo la destreza,
Hacia la fuente de los arrayanes
Penetremos ahora la maleza;
Que en ella ventearon mis tres canes

I, Ps.-XVIII.